

Glava, al ver que había terminado el combate, salió de una de las cabañas teniendo á la monja por el cuello.

Al verles Zbishko gritó;

—¡Danusial ¡Danusial!

La cabaña estaba á obscuras y de momento nada vió el joven. Sólo oyó la respiración anhelante de la joven.

—Soy yo, Danusia,—repitió Zbishko;—¡soy tu amado!

Dos ojos fulguraron en la sombra y Zbishko estrechó contra su pecho á la joven que decía;

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

---

## OCTAVA PARTE

---

### I

Ni las palabras afectuosas ni los ruegos, podían calmar la agitación que un miedo terrible había despertado en Danusia. Cuando se le ofrecieron alimentos no quiso aceptarlos, aún cuando se verá que hacía tiempo que no comía; pero al quedar sola se los comió con avidez. Al aparecer de nuevo Zbishko se acurrucó en un ángulo de la cabaña, sobre la hierba seca. En vano el joven extendía los brazos hacia ella, en vano la llamaba con los nombres más cariñosos; ni aún cuando la llama de las antorchas iluminó el rostro de Zbishko reconoció á su amado.

Con la razón había perdido la memoria.

Zbishko, al ver aquel rostro pálido, aquella piel seca, aquellos vestidos desgarrados, cogió la espada para atravesar á Sigfrid; Matzko detuvo el golpe y dijo á su sobrino:

—¡Eres loco!

—Dejadme, dejadme,

—Te dejaré, pero no debes deshonorar á tu familia. Con-

sidera que no puedes matar á un prisionero encadenado. Es verdad que algunos príncipes matan á sus prisioneros, pero no en nuestro país. Lo que á ellos se les perdona no se perdonaría á tí, porque tienen castillos, ciudades, reinos. ¿Y tú qué tienes? Tu honor de caballero.

—Dejadme, no lo tocaré.

—Acerquémonos al fuego; hablemos de lo que hay que hacer.

Después de reflexionar un punto, el viejo dijo:

—Acuérdate de que me has prometido entregar á Sigfrid á Jurand, quien sabrá vengar las ofensas que le han inferido á Jurand y á Danusia; podrá hacer lo que á tí no te es lícito, ¿comprendes?

—Sí.

—¡Ah! alabemos á Dios, y si por casualidad se te ocurriera herir á Sigfrid, acuérdate de que prometiste batirte con Lichtenstein y otros caballeros, y que si matases á un prisionero desarmado no podrías desafiarte con ningún caballero. Hablemos ahora de lo que más importa.

—Decid, — repuso el joven.

—Creo que la serpiente que custodiaba á Danusia debe ser entregada al príncipe Janush. La monja principió sus perfidias en su presencia y debe ser juzgada por él. Además, hasta que demos con otra mujer, Danusia la necesita. Después la ataremos á la cola de un caballo. Debemos apresurarnos á partir.

—No, ya es de noche.

—Marcharemos al alborar.

Arnoldo de De-Baden gemía, Matzko se le acercó, pero como no comprendía el alemán, fué en busca del tcheque, quien decía á la monja.

—Oye víbora, haz el favor de preparar una cama para la señora, y dale tu vestido y tú ponte sus harapos.

La devota de la Orden, asustada, corrió hacia la cabaña exclamando:

—Salvadme señora, salvadme.

Danusia cerró los ojos y murmuró:

—Tengo miedo, tengo miedo...

La monja la desnudó y le preparó la cama. Danusia se echó con abandono. Glava entró.

—Estáis entre amigos, señora; dormid con toda tranquilidad.

Se persignó y dijo á la monja:

—Te ataré junto á la puerta, pero si das un grito te rompo los huesos.

A las palabras siguieron los hechos; después Glava fué á ver á Zbisko.

—He mandado á esa mala pécora que desnudara á la señora; ahora duerme y creo que deberíais hacer lo mismo.

—Permaneceré en el umbral de la cabaña, — dijo Zbisko con voz firme.

—Entonces enviaré á la monja junto el cadáver del criado. Creo que debéis comer, porque el viaje es largo y penoso.

Diciendo esto sacó de su zurrón carne ahumada y otras viandas.

Matzko le llamó.

—Pregunta á éste lo que quiere, porque yo no le entiendo.

El tcheque acercó á Arnoldo al fuego como si hubiera sido un saco.

—Desatadme, — murmuró el alemán.

—Os desataré, — dijo Matzko por medio del tcheque, — si me prometéis por vuestro honor de caballero considerarnos como prisionero nuestro.

Glava cortó la cuerda que ataba las manos, el alemán, mirando con desprecio á los caballeros, preguntó:

—¿Y te atreves a preguntarlo? Dí antes quien eres tú, — exclamó Matzko con altivez.

—Doy solo mi palabra á los caballeros.

—Pues bien, mira.

Al decir esto, el viejo caballero se quitó la capa y enseñóle el tahalí.

El cruzado preguntó:

—¿Y siendo caballeros asaltáis como ladrones y ayudáis á los paganos?

—¡Mientes!

Los dos guerreros empezaron á disputar.

—Ya sabemos para que servís casi todos,—exclamó Matzko á modo de conclusión.

Calló el cruzado; sabía que de su propia orden había algunos comtur acusados de tener relaciones con el diablo.

Matzko habló de la conducta de Sigfrido.

—Y ese, ¿cree en Dios ó en el diablo?

—¿No le visteis hablar nunca con los espíritus infernales?

—Algunas veces.

—¿Y osáis hablar de honor caballeresco? Avergonzáos, porque habéis ayudado á un verdugo; avergonzaos, porque contribuisteis al martirio de una indefensa, de la hija de un caballero.

—¡Dios mío! ¿es posible que esa loca?...

—¡Maldición!—aulló Zbishko sacando el puñal.

Matzko le detuvo y dijo á Arnoldo:

—Es la hija de Jurand de Spichov y la esposa de este caballero.

—Está loca,—repitió Arnoldo.

—Sí, por la infamia de los cruzados, que la han sacrificado como á un cordero inocente.

Zbishko se mordió un dedo y soltó dos lágrimas. Arnoldo callaba; el tcheque le contó las perfidias de Danfeld, el martirio de Jurand y la batalla con Rothger.

El prisionero, conmovido, exclamó:

—Juro por mi honor que solo he visto alguna vez é esta mujer, que no sabía quien era y que nunca la toqué.

—Jurad que nos seguiréis sin tratar de huir.

—Lo juro. ¿Dónde me lleváis?

—Á Masovia, junto á Jurand de Spichov.

Matzko soltó al preso.

El tcheque se acercó á Matzko, junto al cual Arnoldo, después de comer, se durmió.

—¿No queréis dormir, señor?

—No, no tengo sueño.

—Pensaba,—dijo el tcheque,—en la señorita Jaghenka.

—¿Estará aún en Spichov?

—¡Pobrecilla!

—Ahora la llevaremos á su casa y Dios proveerá. Si Danusia estuviera buena, no surgirían complicaciones, pero dada su enfermedad, lo mismo puede curar que morir.

—Cuando salí de Spichov la señorita me dijo:

—«Envíame noticias, y si puedes, vuelve antes que los otros para Zggogelitz.»

—No conviene que esté en Spichov al llegar Danusia.

¿No dices que te ha ordenado volver antes que nosotros?

—Sí.

—Entonces parte.

El viejo caballero suspiró; sus esperanzas se desvanecieron.

—Sé que eres valiente,—dijo,—pero sabrás defender á tu señora durante el viaje.

—Sí, tomaré algunos soldados y la llevaré sana y salva al fin del mundo.

—Acuérdate que en Zggogelitz hay que desconfiar de Chtan y de Vilko; pero verdad es que ahora...

—La defenderé contra todos y confiemos en la voluntad divina.

—Y yo mismo debía acompañarla; pero no puedo dejar ahora á Zbishko. ¿No le has visto temblar de rabia? Si Danusia muere en el camino, le mataré.

—Entregadme al viejo asesino; yo le arrastraré á los pies de Jurand.

—Tómalo y llévalo á Spichov.

—Dadme á la otra miserable.

—Danusia celebrará verse lejos de los dos bribones; pero ¿cómo podrá estar sin criada!

—Ya hallaremos alguna en el bosque.

—Hoy razona bien,—dijo Matzko.—¿Cuándo marchas?

—Al alborear.

El tcheque durmió unas horas. La noche era oscura y silenciosa.

Glava despertó al amanecer.

—Es hora de marchar á Spichov.

—Cierto; ¿quién ronca tan fuerte?

—Arnoldo. Encenderé la lumbre.

El tcheque dijo después de haberse alejado:

—Una mala noticia.

—¿Cuál?

—Que la monja ha escapado.

Matzko, inquieto, se acercó á la cabaña. No vió á ningún soldado; todos estaban buscando á la fugitiva, que no pareció; y el viejo se acercó á Zbishko á quien comunicó lo que acordaban con Glava y la fuga de la monja.

—Peor para ella; morirá de hambre ó caerá en manos de los campesinos que la matarán.

El desdichado Zbishko no se opuso á la partida de Glava y Sigfrid, porque sólo pensaba en Danusia.

—La llevaré en mis brazos,—dijo.

—¿Cómo está? ¿Duerme?

—De vez en cuando suspira.

—Los caballos,—dijo Glava,—están preparados y el viejo atado á la silla.

Acercóse á Matzko.

—Os advierto que debéis avisarme en caso de accidente por medio de un mensajero, y si no estoy en Spichov que me busque en Zgogelitz.

—Sí, lleva á Jaghenka Plotzk, preséntala al obispo y ponla bajo su protección.

—¿Y si el prelado manda que nos quedemos en Plotzk?

—Obedécelo y que Dios te proteja.

II

Al enterarse Arnoldo de la fuga de la monja, aseguró también que perecería á manos de los lituáanos del campo, algunos de los cuales se habían refugiado junto al campamento de Skirvoillo, mientras los otros peleaban contra los alemanes.

La monja no pareció y se dictaron órdenes severas para cogerla.

Aunque deseaban partir al amanecer, demoraron la marcha porque Danusia dormía. Zbishko lo contemplaba y se decía: «¡Si al menos pudieses descansar y curarte, alma mía!»

Matzko no se opuso á que descansara la joven y mandó que se prepararan los soldados.

Zbishko, que no se había separado de la cabaña, á mediodía tomó la mano de la joven y la acarició exclamando:

—Danusia; no me reconoces?

Su voz despertó á la joven que dijo:

—Zbishko!

—Ya no estás prisionera. Te he libertado y nos vamos á Spichov.

Danusia desasí su mano de la del caballero y murmuró:

—Todo se debe á que mi padre no bendijo nuestra unión. Dónde está la prince-a?

—Lejos de aquí.

La joven murmuró:

—Me han quitado el laud y lo han roto.

—Dios mío! exclamó Zbishko, que advirtió la mirada extraviada de la joven. Pensó que Danusia deliraba y padeció por ella.

—Danusia, dijo, me oyes?

Ella murmuró:

—Agua! Tengo sed.

—Dios mío!

Zbishko salió de la cabaña y estuvo á punto de derribar á Matzko que venía á buscarle.

—Agua! gritó corriendo hacia un arroyuelo.

Un momento después volvía con un cacharro lleno de agua. Danusia bebió con avidez.

—Tiene fiebre? preguntó Matzko.

—Sí.

—Comprende lo qué le hablan?

—No.

—Qué debemos hacer?

—No sé.

—Sólo Dios...

Danusia que les miraba, dijo:

—No os he hecho daño, tened piedad de mí.

—Pobre niña! exclamó Matzko. Y añadió:—Es inútil estar más tiempo aquí. Ponla en la litera y marchemos.

Diciendo estas palabras salió de la cabaña; pero quedó petrificado.

Muchos soldados, armados de picas y alabardas avanzaban hacia él.

—Los alemanes! profirió Matzko, desenvainando la espada.

El gigantesco Arnoldo se acercó:

—La rueda de la Fortuna gira siempre: antes era prisionero vuestro ahora lo sois mío.

Y miró con altivez al caballero.

No es que fuera malo; pero como la mayoría de los hombres era humilde con los soberbios y altivo con los débiles.

—Sois mis prisioneros! dijo con solemnidad.

Miró á su alrededor el caballero; por todas partes se veía soldados. Si hubiese estado junto á Zbishko de fijo que les acomete; pero sin caballo, solo, qué hacer? Entregó espada y daga á un caballero que estaba junto á Arnoldo y que dijo:

—Si me dais palabra de no escaparos no os ataré.

—Os la doy.

Y entró en la cabaña para advertir á Zbishko de lo que ocurría.

Al cabo de poco rato salió con el puñal de su sobrino y dijo:

—Mi sobrino me pregunta si le permitiréis permanecer al lado de su mujer, que está mala, hasta que partamos.

—Sí.

Los alemanes se acercaron al fuego no cuidándose de Matzko.

Al cabo de pocos momentos le invitaron á tomar asiento con ellos.

El viejo soldado, para halagar al desconocido le dijo:

—Veo que no sólo sabéis muchas lenguas sino que conocéis también las atenciones y finura cortesana.

—Qué dice? preguntó Arnoldo.

—Nada, nada malo.

Los criados trajeron viandas y bebidas. Matzko supo que el guerrero desconocido era Wolfgang hermano menor de Arnoldo, que, habiendo hallado á la monja en el bosque, supo la situación de los alemanes y voló en su auxilio.

Matzko, que era astuto, dijo:

—Ya que Dios ha dispuesto que caiga prisionero, mas vale haber sido aprisionado por caballeros tan dignos como sois vosotros.

Volfgang se inclinó levemente.

Matzko añadió:

—Me maravilla que habléis nuestra lengua.

—No hay que extrañarlo. En el condado de Zinklov, dónde sirvo, sólo se habla polaco.

—Vuestro hermano apenas lo habla.

—Es más robusto, pero menos instruído.

—Sí, pero es un atleta.

—Qué dice el caballero? preguntó Arnoldo.

—Hace elogios de tí.

—Y los merece, porque es un cumplido caballero. Os aseguro que quería dejarle en libertad provisional mientras al cabo de un año compareciera á la cita. Así deberían obrar siempre los caballeros.

Y miró á Volfgang que, arrugando el ceño, dijo:

—Quizá también yo os dejara en libertad si no fuérais aliados de los paganos.

—No es verdad, replicó Matzko.

Y contó al alemán lo que habían hecho los cruzados con Danusia. Entonces Volfgang reconoció que Matzko estaba en lo justo tratando de vengarse.

El polaco terminó diciendo lo que le había pasado á De-Love y que de fijo recibiría en Spichov un castigo adecuado á sus culpas.

—Y Danusia? Qué haréis de esa desdichada?

—Poco me importan las mujeres, dijo Volfgang. Acompáñela uno de vosotros á Spichov y quede el otro aquí.

—Y si os jurase que volveré?

Arnoldo no consintió. Pensaba que Skirvoillo le había derrotado y que el gran Maestro le acogería mayor si trala un prisionero de importancia.

Matzko murmuró:

—Que parta mi sobrino con su mujer, y permaneceré aquí.

—Eso es. Y hablemos de lo que vuestro sobrino deberá pagar por vuestro rescate y el suyo propio.

—Rescate? Preguntó Matzko. Nosotros hemos capturado al señor De-Lorsh y le hemos puesto en libertad sin hablarle de rescate.

—Aprisionásteis á De-Lorsh? Preguntó Volfgang. ¿Cómo no le hemos visto por el camino?

Es que marchó á Gotters-Verder.

—Mucho dinero le vais á sacar, murmuró Volfgang; me alegro de saberlo.

Matzko se mordió los labios.

—Aún no he fijado el rescate, dijo.

—Tanto mejor, no por nosotros sino por la Orden que anhela la mayor gloria de Dios.

El señor de Bogdanetz no replicó.

Hablaron del precio, lo cual contrarió mucho á Matzko, que después se consoló pensando que De-Lors pagaría los platos rotos.

Decidióse al fin la cuantía de la suma; Matzko se lo avisó á Zbishko para que marchara cuanto antes.

—Tal es la suerte de los caballeros, dijo Matzko. Ayer eras dueño y hoy estás cautivo. Parte presto porque así podrás alcanzar á Glava y unidos los dos no habrá peligro.

Danusia dormitaba.

Matzko dijo:

—Llévala contigo y que Dios te ayude, porque nada bueno te puede esperar.

—Oh! no habléis así!

—Todo depende de Dios.

Momentos después Zbishko salió de la cabaña llevando á Danusia entre sus brazos. Tan abatida y enferma parecía la doncella que movió á piedad á los alemanes.

—Sigfrid tiene un corazón de fiera! dijo Volfgang.

Zbishko puso á Danusia en la litera y besó la mano al tío que le dijo:

—Acuérdate de mí, porque la esclavitud es dolorosa.

—No os olvidaré.

Zbishko montó á caballo.

—Oye; cuando alcances á Glava no mates á Sigfrid.

—Procuraré no hacerlo.

—Gracias.

—Oh!...

—Adiós!

Los caballos se alejaron. Matzko quedó triste. Pero pensó:

—De todos modos me alegro. El queda libre y yo ya sabré componérmelas.

Después preguntó á los alemanes:

—Cuando marchamos?

—Pronto. Iremos á Malborg.

Matzko pensó: «Me cortarán la cabeza.» Mas se tranquilizó recordando que De-Lors estaría allí.

—Si me matan ahorraré á Zbishko la molestia de liberarme.

Y sonrió tristemente.

III

Zbishko no pudo alcanzar á Glava porque éste apenas descansaba, anhelando llegar pronto. Sigfrid padeció atrocemente porque los mosquitos le picaban sin piedad y no podía ahuyentarlos teniendo las manos atadas. Tal era la desesperación del viejo verdugo que quiso dejarse morir de hambre. Renunció á tal idea porque Glava le dijo que le haría comer á la fuerza.

Glava iba aprisa porque comprendía que Jaghenka sufriría mucho si aún estaba en Spichov al llegar allí Danusia.

Se acordaba también de Anulia y esto acababa de hacerle dar prisa, sin contar con que el bosque era peligroso é infestado de salteadores que no perdonaban á los viajeros. Tampoco comprendían su lengua y vivían casi en estado salvaje.

Cuando llegó á Masovia cambió algo el aspecto del país y los habitantes se mostraban más humanitarios. Muchos le dijeron:

—Dadnos el cruzado; le daremos su merecido.

Tanto era el odio que la gente de la comarca sentía por los cruzados que no ya los pecheros y siervos sino los no-

bles injuriaban á Sigfrid. Algunos querían provocarle á singular combate; pero Glava explicó que no había que privar al señor de Spichov de su justa venganza.

Era de noche cuando Glava se echó á los pies de Jaghenka.

—Qué hay ¿Viven? Están sanos?

—Sí.

—Y Danusia?

—La traen ya.

—Loado sea Dios!

Al cabo de un momento preguntó:

—Cuándo llegarán?

—Dentro de unos días; la enferma padecerá durante el viaje.

—Está enferma?

—Del cuerpo y del alma.

—Ah!

—Con la razón ha perdido la salud.

—Jesús! No conoce á Zbishko?

—No; por lo menos cuando yo marché para avisaros.

—Gracias. Explícame lo que ha ocurrido.

Glava contóle cuanto les sucediera y como traía á Sigfrid para dárselo á Jurand.

—Voy á verle, dijo Jaghenka saliendo.

Glava quedó solo con Anulia. La besó y volvió á besarla con transporte.

Ella no se defendía y se abandonaba en los robustos brazos del techeque.

Resonaron pasos; entró Kaleb, el capellán.

Al saber éste que habían traído al verdugo de Jurand se arrodilló diciendo:

—Alabado sea Dios! El santo espíritu de Jurand hará que su hija recobre la razón perdida.

—El santo decís?

—Sí, para Dios, Jurand es ya un santo; para los hombres lo será cuando haya muerto.

Jaghenka volvió:

—Le he dado con gran prudencia la noticia. Está rezando.

Al día siguiente Jurand dió á entender que quería ver á Glava y á Sigfrid, que estaba en un calabozo.

El techeque tardó en ver el rostro demacrado y cadavérico del señor de Spichov, porque el cielo estaba cubierto de nubes y las ventanas casi cerradas.

En la mesa había un crucifijo, una taza con agua, un pan y un cuchillo: aquella era la comida de Jurand cuya cintura atormentaba un cilicio.

El terrible caballero de Spichov parecía un humilde monje.

Cuando entraron en su estancia Glava y Sigfrid abrió la boca como si estuviera en éxtasis.

—Glava está aquí—dijo Jaghenka; queréis oírle?

Jurand dió á entender que sí, y entonces el techeque volvió á narrar sus aventuras.

Nada dijo de la locura de Danusia; pero como quería que Sigfrid fuera castigado explicó sus crueldades é infamias.

El trueno retumbaba á lo lejos,

Jurand oyó la relación y de sus órbitas huecas descendió abundoso llanto.

Rezó. Relampagueaba.

Tolima dijo:

—Señor, ante tí se halla el verdugo, el demonio de la Orden que os ha martirizado á vos y á vuestra hija. ¿Qué hacemos de él?

Jurand hizo que le aproximaran al cruzado; le palpó el rostro como para recordar sus facciones, tocó sus ligaduras y bajó la cabeza como si reflexionara.

De repente Jurand llevó la mano al cuchillo que estaba encima de la mesa.

Todos callaron; había llegado el instante de la venganza.



Jurand, con general sorpresa, en lugar de hundir el cuchillo en el pecho de Zigfrid, cortó las cuerdas que le ataban.

Los deudos y siervos comprendieron. Kaleb preguntó:

—Hermano Jurand, ¿quieres libertar al prisienero?

Jurand hizo un signo afirmativo.

Estalló un murmullo de descontento. Kalet gritó:

—¿Quién se atreve á oponerse al deseo de un santo? ¡De rodillas!

Y rezó el Padre Nuestro.

Al decir: «et dimitte nobis debita nostra», miró á Jurand, que parecía iluminado por una luz divina. El viejo Tolima, acostumbrado á los combates, exclamó abrazando las rodillas de su dueño:

—Señor, cumpliremos tu voluntad y llevaremos al prisionero á la frontera.

Jurand aprobó estas palabras.

Relampagueaba Crecía la tormenta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
IV Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mientras soplaba el viento y caía á cántaros la lluvia, dos hombres se aproximaban á la frontera. Eran Sigfrid y Tolima. Este acompañaba al alemán para que no le mataran sus enemigos. Tolima no perdía de vista á su compañero, que se le antojaba el mismísimo diablo.

Al llegar á la frontera cesó la lluvia. Tolima pensó: «Me han dicho que le acompañase hasta la frontera; pero no que le desafiara después. ¿No sería una acción grata á Dios matarle? Aquí no hay armas; pero no ha de ser difícil procurárselas.»

Pero reflexionó después que Jurand quería salvarle y que el mérito de su buena acción disminuiría si le jugaba una mala partida. Deteniendo el caballo dijo:

—Aquí está la frontera; si tu conciencia ne te remuerde, nada tienes que temer de los hombres.

Tolima y Sigfrid espolearon los caballos en dirección opuesta y se alejaron.

Volvió á relampaguear. Sigfrid temblaba de miedo. Desde que murió Rotgher había padecido mucho y su con-

ciencia no estaba tranquila. La noche pasaba en el subterráneo de Spichov, el miedo sentido, la clemencia inesperada y casi sobrehumana de Jurand le turbaron la mente.

La fiebre se apoderó de él; pensó que el mundo acababa y que se hundía en el abismo.

Creyó que una voz le gritaba; «¡Ha llegado tu hora!» Se volvió y creyó ver el espectro de la muerte. Adelantaba montada en un caballo blanco; y caballo y jinete eran dos esqueletos que crugían de una manera hórrida.

—¿Quién eres?

—La muerte.

Junto á ella había otro esqueleto.

—¿Y tú quién eres?

El esqueleto rió sin ruido.

—Ha llegado tu hora.

—¡Ha llegado!—repitió aterrorizado Sigfrid.

Movido por una fuerza irresistible bajó del caballo y le ató á un árbol.

Muchas voces le decían:

—Apresúrate.

Formó un nudo corredizo con la brida, introdujo en él la cabeza y apartando con el pie el caballo sobre el que se subiera, se lanzó al aire. Retumbó el trueno, y en su agonía Sigfrid creyó que el negro fantasma se disipaba. Y la lluvia y el viento azotaron el cadáver de Sigfrid que se balanceaba colgado de la rama.

Al día siguiente por el mismo camino que tomara Sigfrid, pasaron Jaghenka y Anulia con sus criados y los carros.

El día era hermoso, templado, sereno; las hojas de los árboles relucían por las gotas de rocío que en ellas fulguraban con irisados reflejos; la naturaleza parecía sonreír.

Los criados cantaban alegremente, pero Jaghenka pensaba que había perdido su mejor ilusión y que ya no había sino tristeza para ella.

Un hombre se acercó al destacamento.

—¿Quién eres?—preguntó Glava.

El desconocido dijo con voz temblorosa:

—En el camino hay un hombre ahorcado.

Glava pensó que era una víctima de los bandidos y preguntó:

—¿Está lejos?

—No.

—¿No hay alguien junto á él?

—Sólo he visto á un lobo.

Tranquilizose Glava porque la presencia del lobo aseguraba la ausencia de hombres.

Jaghenka que miraba hacia el punto indicado por el desconocido, dijo:

—Héle aquí.

—¡Es Sigfrid!

—¿El cruzado?

—Sí, está colgado de la brida.

—¿Quién lo habrá matado?

—Qué sé yo. Ladrones no han sido porque se hubiesen llevado la rica silla del caballo.

—¿Y pasaremos por su lado?

—No, no,—exclamó Anulia horrorizada.

Jaghenka sentía miedo también. Creía que junto á los suicidas bailan los demonios. Glava murmuró:

—Yo le he tocado y nada me ha sucedido. De todos modos si tenéis miedo podemos dar un rodeo.

A Anulia le pareció la proposición de perlas; pero Jaghenka dijo:

—No se debe dejar insepultos á los muertos.

—Era un verdugo, un cruzado; merece pudrirse así y que lo coman los cuervos.

—Dios le castigará; nosotros debemos enterrarle.

—Os obedezco.

Se abrió la huesa. Glava haciendo la señal de la cruz

cortó la brida de Zigfrid, que cayó al suelo. Glava plantó una cruz de madera sobre la sepultura.

—El alma está en el infierno y el cuerpo en la tierra,— dijo Jaghenka.—Podemos marchar.

La joven echó una ramita de pino sobre la tumba; la imitó Anulia; lo propio hicieron los criados. Todos guardaron silencio sobrecogidos por la emoción que les produjo la visión siniestra.

Jaghenka, profirió:

—La justicia de Dios es inexorable.

—Y vos sois misericordiosa por haberlo hecho enterrar,—repuso el tcheque.—La gente dice que la sogá de un ahorcado procura la dicha. Yo no creo en ello.

Jaghenka dijo suspirando:

—Mi dicha no es más que un recuerdo.

V

Danusia estaba agonizando y Zbishko pensaba que no podría llevarla viva á Spichov. Su pobre cuerpo había sufrido demasiado. La calentura no la abandonaba y la mantenía en un estado de delirio. Los campesinos y los nobles sabiendo que llegaba la hija del valeroso Jurand salían á ofrecer comestibles y bebidas. La muchacha infundía gran piedad. Zbishko sólo vivía por y para Danusia alegrándose cuando mejoraba, desesperándose cuando recaía.

Pero la infeliz se moría á chorros. La muerte no quería soltar la presa en que hincó la garra.

Zbishko miraba á la querida joven y decía:

—Te hallé, te libré de los cruzados y deberé ahora perderte? ¡Oh desventural

El rostro de Danusia estaba rojo como el fuego.

—¿Por qué me abandonas, amor mío, por qué?—repetía el caballero pensando en los Cruzados que eran causa de sus penas.

Cuando la comitiva llegó al pabellón de caza de Zbishko dió orden de detenerse. Abandonó la idea de ir á Varsovia sabiendo que el príncipe y la princesa estaban en Plotzk. Urgía llegar á Spichov.

Un día el rostro de la niña palideció y respiró con menos dificultad. Zbishko mandó hacer alto. La caravana estaba á una milla de Spichov en un sendero que separaba un campo de un prado. Los portadores de la litera se tendieron, las mujeres les imitaron. Zbishko permaneció al lado de la enferma.

La joven estaba relativamente tranquila.

Un segador afiló la hoz y el ruido metálico despertó á Danusia, que dijo:

—Las florecillas embalsaman el aire.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que principió el viaje. Zbishko, que expiaba todos sus movimientos, le dijo:

—¡Danusia, Danusia!

Abrió ésta los ojos, le miró y sonrió angélicamente.

—¡Zbishko!—murmuró extendiendo la mano.

—¡Oh, Danusia!—exclamó el joven entusiasmado.

Ambos teníanse apretadas las manos; el rostro de la joven respiraba una paz celestial.

De repente, estremeciéndose, exclamó:

—¿Dónde estoy?

—Cerca de Spichov, á mi lado. Han acabado tus penas; no temas, Danusia mía; la felicidad te sonríe, Dios te ama, ¡sé dichosa, vida mía!

Danusia dijo:

—No me has olvidado.

—¡No, no!—gritó Zbishko con voz angustiosa.

Los labios de la joven se movieron; pero su voz se la llevó la brisa.

—¿Qué dices?

—Que las flores huelen bien.

—Estamos junto á un prado; pronto veremos á tu padre y yo seré tuyo hasta la muerte, ¿comprendes?

El rostro de la joven palideció más y más.

—¿Qué tienes?

—Está obscuro...

—¿Obscuro? ¿No ves cómo brilla el sol?

Trató de hablar la joven; pero no pudo lograrlo; se estremeció su cuerpo; contrajéronse sus facciones; agonizaba, moría.

Zbishko gritaba desesperado:

—¡Danusia! ¡Jesús!

Las mujeres se acercaron; acudieron los criados; todos se arrodillaron y rezaron las preces de los agonizantes.

En el silencio campestre resonó lugubrementé la plegaria; Danusia, con los ojos vueltos á Zbishko, parecía estar en éxtasis.

Las mujeres cerraban los párpados á la joven y la cubrieron de flores; Zbishko inclinó la cabeza sobre las rodillas de Danusia, casi oculta bajo un montón de flores y hierbas aromáticas.

Cuando se calmó el primer ímpetu del dolor, prosiguió el viaje. Zbishko caminaba al lado de la litera que conducía el cadáver de Danusia.

En el azul del firmamento no se veía ni una nube; la naturaleza sentía el beso de los áureos rayos del sol.